

TERCERO. Refrena sus audacias pecaminosas con enfermedades, azotes y tribulaciones, para que cesen de pecar y entren en el buen camino.

CUARTO. Pone impedimentos a sus planes inicuos, para evitar que caigan en mayores abominaciones y merezcan mayor castigo.

QUINTO. Les ofrece gracias extraordinarias para que se conviertan, por más que ellos no la merezcan, ni las deseen, ni se acuerden de pedir las.

SEXTO. Les hace llamamientos exteriores, ora por la predicación evangélica, ora por las lecturas piadosas, ora por las calamidades públicas.

SEPTIMO. Les envía, cerca de sí, almas buenas, varones santos, para que con su conversación y con sus ejemplos, vean la luz de la verdad y admiren sus buenas obras y se muevan a imitarlas.

OCTAVO. Aparece, finalmente, la bondad y misericordia de Dios para con los pecadores, en que mezcla amarguras en medio de sus delicias terrenas, para que comprendan que la felicidad porque suspiran, no se encuentra en la tierra, sino en el cielo. ¡Cuánta misericordia!

Museo Guiot

Hemos dado principio a tan progresista obra para la cual vamos recibiendo ejemplares.

PROXIMAMENTE

Una docena de pañuelos

Por José David Guarín

Vélico de la niña; y corriendo en seguida al balcón, empezó a gritar: —Menchaca! Vecinos! ¡Socorro, que se muere mi hija!

Pero nadie respondía.

El valle continuaba en silencio, que sólo se oían los ladridos de los perros y el murmullo del río.

Entonces Lorenzo encendió desalentadamente un farol, temiendo que aun así no pudiera llegar sin tropezar a la casa de Menchaca o a la de la Botera, que eran los vecinos más cercanos, y salió a pedir auxilio a sus vecinos, porque el cirujano vivía lejos y Mariquita no podía, que dar largo rato sin más auxilio que el de sus hermanitos.

Lorenzo tomó una senda que por medio de una roca conducía a casa de Menchaca, y de repente lanzó un grito de espanto al ver a un hombre tendido en el suelo.

Un segundo grito se exhaló de su pecho al acercarse el farol a aquél hombre porque aquél hombre era Menchaca, que yacía muerto en un lago de sangre con la cabeza hor-

Himno Mariago

adoptado por el Consejo Central Directivo para las procesiones y demás actos del Congreso

CORO

Reina de Colombia
por siempre serás,
ex prenda tu nombre
de júbilo y paz.

I

Desde tu santuario
a nosotros ven,
pues eres la egregia
Virgen del Rosario,
con corona regia
ceñirás tu sien.

Coro

II

La nación entera
con culto filial
tus glorias pregona,
tu imagen venera,
y en tu honor entona
un himno triunfal

Coro

III

A tu paso extiende
su invitó pendón
la patria querida
que hoy te da en ofrenda
la noble acogida
de su corazón.

Coro

IV

Llena de hermosura,
de gracia y poder,
tus pasos avanza
majestuosa y pura,
Ta que la esperanza
difundes doquier.

Coro

V

Consuelo del justo,
luz del pecador,
nuestras penas calma,
y en tu trono augusto
de piadosas almas
oyes el clamor.

Coro

VI

Como la heroína,
gozo de Israel,
eres nuestra gloria,
princesa divina
que das la victoria
a tu pueblo fiel.

Coro

VII

Madre inmaculada,
prez del serafín,
gala del Carmelo,
¡Oh Virgen sagrada,
haz que allá en el cielo
te honremos sin fin!

Coro

VIII

A tal soberana
jurando lealtad,
hijos de la hermosa
tierra colombiana,
con voz fervorosa
sus triunfos cantad!

Coro

Vida Comercial

República de Colombia.—Telégrafos Nacionales.—Girardot, 12 de Junio de 1919.

«ECO»

Villavo.

Asombroso éxito ferias. Vendieron diez mil quinientos setenta y nueve (10,579) animales por cuatrocientos cincuenta y cinco mil veintiseis pesos oro (\$55,026), favor publicar.

JUNTA FERIAS

El Cambio

República de Colombia.—Telégrafos Nacionales.—Bogotá 13 de Junio de 1919.

«Ecoriente».

Villavicencio.

tu madre y la mía!

—Y madre también tendrán! añadió la Botera llorando como Lorenzo y estrechando contra su seno a los dos pobres niños.

—¡De Dios y de mi madre y de mí serán ustedes y ellos benditos! murmuró Mariquita, radiante de gozo, y su espíritu voló un instante después al cielo, donde le esperaba el de su santa madre.

Capitán, que hasta entonces había estado sentado en un rincón de la pieza, con la cabeza inclinada, se salió al encinar y se puso a ahullar tristemente.

En aquel instante una luz apareció en lo alto del puente.

—Me parece, dijo el marido de la Botera al cirujano con quien volvía, que llegamos ya tarde.

—Por qué?

—¿No oye usted cómo llora el perro de rementero?

—Hombre, no crean ustedes tales simplezas.

—Cuando murió la pobre Rosa así lloraba Capitán.

triblemento destrozada.

Menchaca había dado contra una de las rocas que guarnecían la senda y se había destrozado la cabeza.

¿Qué hacer entonces el desventurado padre entre atender a su hija, que se moría, o atender a su amigo, que había muerto?

Volvió piés atrás y se dirigió a casa de la Botera, donde logró al fin que le oyesen y acudiesen en su auxilio.

El marido de la Botera tomó el farol y fué al cirujano, y la Botera y Lorenzo subieron a auxiliar a la niña.

La niña apenas podía ya hablar. Con la manecita hizo señas a su padre para que se acercara, y le dijo cast al oído con voz apagada pero solemne:

—Padre! yo me muero! Mis hermanitos ya no tendrán madre ni hermana que los cuide y los consuele! ¿Tendrán siquiera padre?

—Sí, hija, contestó Lorenzo, hecho un mar de lágrimas. Tendrán padre, yo te lo juro, por la salvación de